

LUIS PÁSARA

LA ILUSIÓN DE UN PAÍS DISTINTO

CAMBIAR EL PERÚ: DE UNA GENERACIÓN A OTRA

José ALVARADO JESÚS Diana ÁVILA

Capítulo 7

Alberto DE BELAUNDE Salvador DEL
SOLAR Fernando EGUREN Alberto
GONZALES Álvaro HENZLER Max
HERNÁNDEZ Indira HUILCA Natalia
IGUIÑIZ Jimena LEDGARD Vania MASÍAS
Farid MATUK Jaime MONTOYA UGARTE
Abelardo OQUENDO Cecilia OVIEDO
Tania PARIONA Fernando ROSPIGLIOSI
Gerardo SARAVIA Cecilia TOVAR
SAMANEZ Paloma VALDEAVELLANO
Victoria VILLANUEVA Joseph ZÁRATE

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ
Centro Bibliográfico Nacional

985.004 I La ilusión de un país distinto: cambiar el Perú: de una generación a otra / [testimonios, Abelardo Oquendo, José Alvarado Jesús, Héctor Béjar ... et al.]; Luis Pásara, [entrevistas].-- 1a ed.-
- Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017 (Lima: Tarea Asociación Gráfica Educativa).
396 p.; 24 cm.

Incluye referencias bibliográficas.
D.L. 2017-07453
ISBN 978-612-317-274-9

1. Realidad peruana - Siglo XXI 2. Intelectuales - Perú - Entrevistas 3. Celebridades - Perú - Entrevistas 4. Problemas sociales - Perú 5. Participación política - Perú 6. Perú - Política y gobierno - Siglo XXI 7. Perú - Condiciones sociales - Siglo XXI 8. Perú - Condiciones económicas - Siglo XXI I. Oquendo, Abelardo, 1930- II. Alvarado Jesús, José III. Béjar Rivera, Héctor, 1935- IV. Pásara, Luis, 1944- V. Pontificia Universidad Católica del Perú

BNP: 2017-1864

La ilusión de un país distinto
Cambiar el Perú: de una generación a otra
© Luis Pásara, 2017

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú
feditor@pucp.edu.pe
www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: junio de 2017
Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2017-07453
ISBN: 978-612-317-274-9
Registro del Proyecto Editorial: 31501361700693

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

VICTORIA VILLANUEVA

«EN EL FEMINISMO TOCAS LO QUE ES LA VIDA NUESTRA...
TODAS NOSOTRAS HEMOS TENIDO UN TIPO DE SENSACIÓN
IGUAL Y POR ESO TE COMPROMETES... ESO ES LO QUE
NOS VINCULA Y DA FUERZA».

Siempre creí que el mundo podía cambiarse. De chica, de ocho años, tenía la ilusión y me ponía a escuchar novelas, para ver si en la novela encontraba el mundo ideal. Porque mi familia nunca fue una familia regular. Éramos una familia numerosa y vivíamos con mi tía. Mi padre viajaba como militar o, después, estaba preso. Mi mamá siempre salía. Yo sentía que no era lo que me habían dicho o lo que veía que era la familia en mis amigas, la familia nuclear. Hasta los 13 años pensaba que eso era posible.

Cuando yo tenía seis o siete años, un hermano de mi papá —que era el mayor de los hermanos— fue a un acto en Lima, convocado por el APRA en clandestinidad. Hay una redada y lo detienen, lo llevan a El Frontón, lo maltratan salvajemente, luego lo sacan y a los dos días muere de neumonía. Eso fue en la familia un hito: la rebeldía tenía castigo. Era demasiado fuerte para una niña pequeña. Toda la familia —lo recuerdo o me lo han contado— y los dirigentes del partido de ese entonces se juntaron en la sala de la casa donde vivía mi abuela, en la avenida Brasil, y todos juraron vengar su muerte.

La historia con mi padre es muy particular. Mi padre estaba ausente pero tenía una presencia total, en la casa y en mi vida. Como militar, él siempre estaba de viaje, no estábamos con él y, después, durante siete años no estuvo ni siquiera por ratos: dos años preso y cinco deportado; desde 1949, cuando yo tenía 14 años, hasta los 21. Es esa etapa en la que yo digo: «Esta es mi libertad». Por otro lado, la presencia de mi padre era total, porque tanto mi madre como mi hermana la mayor me lo hacían recordar. Como yo era medio rebelde, me llamaban la atención y me traían la figura de mi padre, que estaba luchando, que estaba preso, que estaba deportado. Él era rebelde, pero la rebeldía de él no me la traían como modelo sino como sanción.

No era «Vas a ser rebelde como tu padre». No era ese el modelo sino: «Cómo puedes ir contra lo que hemos construido nosotras». Mi madre, con cuatro hijos y los ingresos eran muy limitados.

Mi padre dejó su biblioteca y había libros que ni me atrevía a tocar porque para mí eran libros de misterio. Me acuerdo del *Anti-Dühring* de Engels, que nunca leí, pero me parecía fascinante: «¿qué será eso de anti-Dühring?», decía yo. No había gente del partido en la casa, no compartíamos con gente del APRA. Mi padre no traía gente a la casa, pero sí traía las circunstancias. Cuando yo tenía nueve años lo detuvieron y lo pusieron en el Hospital de Policía. Allí estoy viéndolo, preso, y por esas razones de la vida, con diez años yo era la persona para acompañar a mi mamá. Mi hermana mayor tenía trece y estaba en los estudios, mi hermana menor, Alicia, tenía cinco años menos y mi hermano no era el llamado para acompañar a mi mamá. Yo iba siempre a todos los trámites y al Hospital de Policía a visitarlo. De esas visitas, hay algo que está en su diario y que yo viví con mucha angustia: él había planificado escapar y se escapa. Cuando llegamos al hospital, él no estaba y mi mamá, que sabía de esta trama, empieza a dar de gritos y dice: «a mi marido lo han matado, lo han matado». Y yo me quedo convencida de que lo habían matado. Después me enteré que se escapó y estaba clandestino. La impresión que tengo de esa política es trágica. Yo decía: «No quiero hacer esto, pero sí quiero ser rebelde». Me movía la rebeldía de palomilla, de hacer cosas no permitidas, pero por otro lado, lo social estaba presente.

Como figura de referencia me acuerdo mucho de Magda Portal. Una compañera del colegio era sobrina de ella y nosotros estudiábamos en casa de Magda. Más que admiración era misterio, porque era una mujer muy seria, que llegaba, no jugaba con las sobrinas, nunca sonreía y era amiga de mi papá. No me podía imaginar a esta mujer en la calle, qué hacía. Era una mujer que me gustaba seguir; aprista, pero también rebelde.

A partir de los 11 años vino mi momento de rebeldía: si esto no va, hay que buscarle otro camino. El otro camino no era a través de los estudios sino en ser diferente a través de la rebeldía en el colegio, en la casa. Y ese ser diferente me llevó a tener muchas amigas, a hacer cosas interesantes en el colegio, cosas que las chicas no hacían, pero nosotras sí; éramos palomillas. Como yo no era la llamada a seguir estudios en el colegio, cuando no hubo plata fui la primera llamada a trabajar, a estudiar secretariado y trabajar. La utopía de familia se había acabado; la utopía de ser reina del mundo, palomilla y ganar aplausos por las osadías que hacía, también acabó. Entré a otro mundo, a trabajar; no estudiar, trabajar. Estudiar inglés y trabajar. Hasta que llega otro momento y digo: «no puede ser» y me voy un año a Uruguay. Ese año rompo con la familia, rompo con todo el mundo y en Uruguay entro a una reflexión sobre lo que quería.

Fui de vacaciones y a quedarme, a buscar algo. Me quedé trabajando de secretaria en una oficina que encontré. Vivía en la Asociación Cristiana Femenina, donde tenían control total sobre mi vida: no podía llegar más tarde de las nueve, y los sábados el límite eran las once. Era lo que estaba buscando, límites, algo que me cobijara, una especie de convento. Una maravilla, porque en este lugar encontré amigas, estudiantes, con historias parecidas; hablábamos. Hacía teatro, gimnasia, estudiaba todo tipo de cosas, desde las seis de la mañana. Fue un año realmente muy importante, de reflexión. Fue una época de descubrirme yo sola y descubrir otros mundos, sin mi familia y no había familias viejas. Fue entre 1958 y 1959.

En esa época, Montevideo era un sitio de cultura total, todas las noches había teatro, conferencias, había gente que leía, las librerías que no había acá. Encontré acceso a eso que no había tenido o no lo había buscado en Lima. Estudiaba portugués, por supuesto, porque mi sueño era irme a Brasil y de ahí a Francia. Pero me di cuenta que lo que quería era estudiar, que todas mis compañeras estudiaban y yo no tenía secundaria completa: había estudiado hasta primero de secundaria, no más. Así que tomé la determinación de regresar para estudiar secundaria y, ya con mi título, ir a la universidad.

Regreso a Lima y encuentro un camino para terminar mi secundaria: estudiar en vespertina en el colegio Miguel Grau. Trabajaba de secretaria en la Universidad Agraria y a las cuatro de la tarde volaba a hacer otras cosas. Estudiaba francés, era guía de scouts y a las seis estaba en el colegio, en Magdalena, hasta las 10 de la noche. Ahí hice mis estudios; me matriculé luego en el Colegio de Aplicación de San Marcos y ahí terminé mi secundaria.

«EN EL PC ME RECHAZARON
PORQUE TENÍA UN ENAMORADO
QUE ERA BURGUÉS.
¡TODOS ERAN BURGUESES!»

Utopía tras utopía. Primero, tener familia feliz; después, ser libre e independiente, irme a Brasil, irme a Francia, ser una estudiante, una universitaria, hacer teatro, todo eso. Luego, estudiar para entrar a la universidad. Y luego viene el partido.

Cambiar el mundo empieza en la Agraria, en 1965. Antes ya había pensado que había caminos a través de los partidos, tenía compañeras de colegio que eran militantes del PC y las acompañaba a San Marcos. Ahí en el patio estaba Barrantes, toda la gente. Yo decía: «Por aquí debería entrar» y le pido a una amiga que me haga el enlace

para ingresar al PC. Y me rechazan porque tenía un enamorado que era burgués. ¡Todos eran burgueses! Si me hubieran aceptado, hubiera sido una militante del PC. Pero no me aceptaron. Dije: «Bueno, por acá tampoco es el camino».

Y sigo intentando caminos, siempre. Son caminos que uno busca —siempre estás buscando— y que se cierran. Seguí buscando caminos y así encontré el partido en 1965. Yo trabajaba de secretaria del rector Orlando Olcese y mi oficina quedaba frente al patio central, una alameda, un sitio precioso. Tenía mucha libertad porque Olcese llegaba a las doce del día, porque trabajaba en Supermarket, así que yo tenía toda la mañana libre. Él venía, despachaba una o dos horas y se iba. Entonces, también tenía la tarde libre. Eso me daba libertad para conversar con todos los chicos de Ciencias Sociales, una facultad nueva, linda, con profesores de primera y con un trabajo cultural muy interesante. Miguel Reynel instaló un ciclo de cine precioso. Hubo un momento de afluencia de profesores con un aporte cultural a la Agraria, bien importante no solo para mí sino para los estudiantes de ese entonces. Tenía acceso a cine, exposiciones y tenía las libertades que me daba el trabajo de secretaria del rector. Eso me facilitó incorporarme al mundo de la cultura de la Agraria. Estuve allí entre 1962 y 1966.

Es curioso también que no hay mal que por bien no venga. Tenía una máquina de escribir eléctrica, último modelo, como correspondía al financiamiento de la Ford, la Rockefeller, etcétera, a la Universidad. Al personal del rectorado nos dieron las mejores máquinas, el mejor equipo. Mis amigos eran de la Facultad de Ciencias Sociales; por supuesto, entre ellos estaban quienes luego formaron Vanguardia Revolucionaria y me pidieron que los ayudara a escribir el primer documento, que eran las bases, las líneas programáticas de Vanguardia. Lo hice. Ahí estaba vinculada con todos ellos, leía el material, lo corregían en un ida y vuelta; había discrepancias, todo el mundo planteaba una cosa distinta, yo lo corregía, venía el otro y decía: «No, esto es así». En mi oficina había libertad, porque era chiquita y no entraba nadie más. Yo me gané con ese primer documento de las tesis de Vanguardia. Lo terminé, se imprimió en una revista verde: las tesis de Vanguardia. Yo era colaboradora; no me invitaron a ser ni simpatizante ni militante. Sin embargo, para la fundación de Vanguardia también me pidieron apoyo en el trabajo operativo. Si bien no estuve en la sesión inaugural —en un lugar fuera de Lima que era clandestino—, sí estuve en el grupo de ellos y en todo esto. Por eso es que sí me siento parte de la fundación de Vanguardia.

Hice el trabajo de secretariado y luego pedí ser parte del partido. Me hice parte del partido. Así como tenía una máquina de escribir eléctrica, tenía un carro, un Fiat 500, y lo manejaba para arriba y para abajo. Este carro fue útil para el partido también, porque llevaba gente a las reuniones y realizaba trabajo de apoyo.

La relación con Edmundo empezó en 1965. Lo conozco como profesor de la Agraria; era uno de los que iba a dar sus aportes para el documento de las tesis del partido. Yo estaba estudiando secundaria y recurría a todos los profesores para que me auxiliaran en mis trabajos porque tenía poco tiempo. Uno de los profesores que me auxilió fue Edmundo. Así nos conocimos; nos hemos enamorado en setiembre de 1965 y en diciembre nos hemos casado. Inmediatamente.

Para mí fue un enamoramiento de una persona que reflejaba todo eso que estaba buscando. En ese entonces era el hombre nuevo, que no estaba definido, pero que se estaba buscando. Que pudiera ser muy lúcido, con muchas lecturas y tanto un compromiso teórico como la sencillez, la ternura, abierto a trabajar con todos. Para mí era ese enamoramiento de una imagen de lo que yo soñaba que el partido podía crear; pensaba que todos nosotros podíamos ser así, dispuestos a conversar, a dar —sin mucha alharaca— y a leer, a profundizar en la lectura. Era algo muy lindo, porque era lo que yo también estaba buscando en el partido, el hombre que yo buscaba a través del partido.

Dejé la Agraria porque a Edmundo le dieron una beca para ir a Francia. Nosotros nos casamos en 1965 y en 1966 le dan la beca. Trabajé acá en 1966, con el embarazo de mi hijo mayor y luego también me fui a Francia. Estuve un año no más, Edmundo estuvo dos años y medio. Estudié ahí como alumna libre, acababa de terminar mi secundaria y no tenía los certificados. Otra frustración. Regresé al Perú en octubre de 1967, Edmundo se quedó y estuvo en mayo del 68.

«ERA RENUNCIAR A TODO... COMO
ENTRAR A UN CONVENTO, ASÍ FUE
PARA MÍ ENTRAR AL PARTIDO».

Estuve 17 años en Vanguardia, hasta octubre de 1982. Al PUM [Partido Unificado Mariateguista] ingresé en 1983. Pero los últimos dos años en Vanguardia hice doble militancia: en el partido, tratando de armar la comisión femenina del partido y en Manuela Ramos, que se forma en 1978.

Antes de entrar al partido tenía un mundo próspero, mi papá estaba en la casa, una casa grande en San Isidro. Yo estaba terminando secundaria e iba a estudiar en la universidad. Como que había caminos para ser ese tipo de mujer, exitosa si quieres. Por supuesto, no tenía límites, llegaba a cualquier hora, tomaba, salía, tenía una vida bastante libre. Y viene una chica, del PC, y me cuenta cómo conoció en China a una prostituta que había ingresado a la revolución y que ahí se había «salvado»,

porque encontró que el camino no era la libertad absoluta y el amor libre, sino el darse entero por los otros. Una utopía. Y dije: «Sí pues, creo que ese es el camino». Eso nos ha pasado a mí y a otras también.

Los años de militancia eran épocas difíciles, porque coincidieron con lo que era la formación de familia, hijos, un marido que estaba todo el tiempo en la militancia. Toda la vida eso ha sido un verdadero problema, porque no había plata para pagar una empleada en la casa, ni mi convicción me lo permitía. Pero encontré algunos mecanismos, de ese entonces, que eran las guarderías, las cunas, estos jardines de la infancia. Llevaba a los chicos temprano y, luego, la solidaridad de familia y amigas. Mi familia también apoyaba: mi mamá era total, mi hermana era de la misma causa que nosotros o sea que daba la mano. Teníamos amigas, estas redes que nos permitían recoger a los chicos en la tarde, en la mañana los llevaba una amiga. Este tipo de red ayuda bastante. Pero sí fue muy difícil porque Edmundo estaba en las minas, luchando la posición del partido, yo trabajaba hasta las cinco de la tarde, a las seis iba a la universidad, mis hijos tenía que dejarlos con alguien que los cuidara, los cuidaban mal. Vivía en Chorrillos en ese tiempo. Me acuerdo de entrar o salir de San Marcos, tomar el ómnibus, era una locura. Ingresé a San Marcos, estudié allí tres años, dos de Estudios Generales y uno de Sociología. Comencé a estudiar el cuarto año, pero ya no pude continuar. Ese fue un verdadero drama. Tuve que interrumpir los estudios.

Entrar al partido era renunciar a todo. Cuando entré al partido ni mi ropa la veía, tenía dos botitas, un jumper y nada más, como quien entra a un convento, más o menos. Como entrar a un convento, así fue para mí entrar al partido. Y, por supuesto, cambiar por completo de amistades. A mi familia la veía cada quince días; tenía otro mundo. En mi casa era otra, casi sin muebles, como hemos sido la gente de izquierda, no sé si todos, pero yo sí. Era no tener más de lo que necesitamos, con nuestras cosas de la sierra, nuestros cojines, vivir de la forma más austera que se podía. Pero no es que queríamos llamar la atención con eso; tampoco tenías plata y no teníamos ningún interés en ir a una tienda grande a comprar. Son renunciadas.

La revolución era cambiar todo esto. Decíamos: «Que los pobres coman pan y los ricos mierda, mierda». Era como nuestro lema. Era cambiar, irse a la sierra con Cooperación Popular y dormir en... Eran renunciadas, renunciadas, renunciadas. Y con esas renunciadas igualarnos con el resto de gente que no tenía. Era hasta cristiano, sí.

Creo que eso se mantiene, no en todos. Gente de ese entonces —puedo poner mi mano al fuego— no roban, mienten sí, pero no roban, siempre solidarios y buscando cómo arreglar las cosas de otros, buscando arreglar la vida desde distintos ángulos. Sí ha habido una cuestión cristiana, moral, que tenía en la base la idea de honestidad, de no dar una impresión... tenías que no mentir, no engañar. Ahí hubo cosas

—y por eso me metí al feminismo—, porque eso no era tan real. Hubo cantidad de problemas en las familias, en las parejas, pero eso es otro capítulo. Pero tengo confianza en que quienes fueron compañeros de ese entonces han sido gente honesta.

Por razones personales, siempre he rechazado el uso de las armas. Será la experiencia como hija de militar; había armas en mi casa y mi padre fue después combativo y golpista. Cuando yo me enteré, porque estaba en una célula, que íbamos a tener entrenamiento, yo dije: «no». Personalmente, idealicé la lucha de Fidel Castro y el Che Guevara —al Che lo sigo admirando—, pero no puedo aceptar la muerte de una persona por otra, aunque la otra persona sea muy negativa para la sociedad, muy mala. No lo acepto, no por razones religiosas; es una cuestión de rechazo a lo que son las armas y a la muerte de alguien, a que lo maten. No lo acepto. Sí estuve en contra, por razones personales, no tanto teóricas o políticas, de usar las armas.

«DEJAR EL PARTIDO PARA MÍ FUE
LA LIBERACIÓN. ENCONTRÉ EN
EL MOVIMIENTO FEMINISTA LO
QUE YO QUERÍA ENCONTRAR,
LO QUE YO QUERÍA CREAR. EN EL
PARTIDO NO HABÍA LO QUE YO
HABÍA PENSADO ENCONTRAR».

En eso sigo siendo radical. Cuando algo no marcha, digo: «Ya no, terminó», y empiezo algo nuevo, con el mismo entusiasmo con el que comencé lo anterior. A mí me pasa eso, cierro capítulo e inicio otro campo, con la misma entrega, dedicación, pasión y todo lo demás. No me quedo enganchada, quizás eso me ayuda.

Dejar el partido para mí fue la liberación. Encontré en el movimiento feminista lo que yo quería encontrar, lo que yo quería crear. En el partido no había lo que yo había pensado encontrar. Vivía con una pareja clandestina y en mi casa no había reuniones, no había discusión; todas las discusiones eran fuera y yo no podía participar en esas reuniones porque también tenía que ver a mis hijos. No podía integrarme a la vida de partido, viajar a cualquier hora de la noche, ser una militante de tiempo completo. Para mí era conocer las cosas desde la militancia en mi célula, con las limitaciones que me daba no poder asumir más responsabilidades, por mis obligaciones de familia, de madre. Era estar y no estar.

Tenía una militancia recortada. No le echo toda la culpa al partido... mejor dicho, sí le echo la culpa al partido porque el partido debió pensar que quienes teníamos responsabilidades familiares debíamos tener otro tipo de atención. Sí había demanda: como yo estaba en la casa, podía hacer tareas de empaquetado de revistas, papeles y periódicos para despachar a provincias, llevar a la gente en mi carro. Para mí eso fue frustrante. No me consideraba de segunda, porque la gente no me consideraba de segunda. La gente tenía una idea de que yo era... era la compañera del compañero. Pero no me sentía realizada, no sentía que estaba dando mi propia opinión. Siempre pensaban que yo hablaba por la voz de mi compañero.

Lo que el partido provocó en un momento y creo que sí se logró en unos años, abrir los ojos hacia ciertos campos, en otros no los abrió. La cuestión del feminismo, como la ecología, no las tocó; en cultura fue muy imitativo, muy repetitivo. Estaban muy metidos en la cuestión económica y las estructuras. En el feminismo no teníamos a quién rendir cuenta —después hemos tenido que rendir cuentas a la cooperación internacional, pero eso es otro rollo—, nos rendíamos cuentas a nosotras mismas. Eso permitía volar y eso fue lo que encontré. Y cuando empiezas a volar encuentras lo que ahora se ha abierto como campos. Cuando hablamos de LGTBI, todo el mundo dice: «¿Eso qué es?». Porque eso estaba ahí, desde hace tantos años, oculto.

La nueva utopía está avanzando. Cuando uno va abriendo puertas, ventanitas, aparecen nuevos problemas, nuevos temas. Y dices: «Caray, esto no lo había visto, por qué no lo veía». El trabajo doméstico sí estuvo desde el principio. Ahora valoran el trabajo doméstico; son rollos viejos. Pero el campo de la sexualidad no estaba, era un campo vedado. Había que encontrar a qué teníamos derechos y por qué es que los reclamábamos. El derecho a pensar, por ejemplo, que no es considerado un derecho. En la universidad te ponen los temas y te los tienes que aprender para tener un título, respondiendo a una línea de pensamiento que hizo alguien. Pero pensar de modo distinto no te lo premian.

Tampoco en el partido te lo premiaban. En el feminismo, depende. Escuchan, tienen más capacidad para escuchar y tratar de entender. En el partido estaban tan metidos con la cuestión del largo plazo —si era sociedad feudal o semifeudal—, que lo otro no parecía importante. En el feminismo lo que pasa es que tocas lo que es la vida nuestra. Esos temas llevan a analizar la propia vida de nosotras, las mujeres; todas nosotras hemos tenido un tipo de sensación igual y por eso te comprometes. Por ejemplo, esta cuestión de Ni Una Menos no sale de ahora sino de hace muchísimo tiempo. A todas nosotras nos ha pasado que alguien ha tenido, al menos la intención, de una agresión. Eso es lo que nos vincula y da fuerza. El saber que fue y puede seguir siendo; no es que le va a pasar a tu hija, no: ¡a ti te pasó! Nuestro cuerpo

se ha convertido en algo así como «la tierra para los campesinos»; para las mujeres es nuestro cuerpo.

Estoy en esta utopía. Creo que me abre puertas para entender la literatura, la música, la economía, la política. Es a partir de mi sensación, de mi cuerpo, que me vinculo con otros problemas. No soy ajena, no es que leo, lo entiendo y lo proceso; no, yo lo vivo. Y eso es lo que me da fuerza para continuar. Es mi cuerpo que me está hablando, por ejemplo en alimentación y ecología: por qué quiero comer eso, me dice mi propio estómago. Escuchar al cuerpo es lo que he aprendido más con el feminismo, conocer mi cuerpo y hablar con mi cuerpo. No es nada más que la cuestión de la sexualidad, es entender qué está pasando con mi pelo, mi cerebro, mi piel. Y a partir de aquí me conecto con otros problemas míos.

Quienes salimos juntas del partido y nos quedamos en Manuela Ramos sí estamos en lo mismo, seguimos buscando alternativas. Pero hay otras amigas que no salieron necesariamente hacia el feminismo y nos encontramos en lo mismo. Nos reunimos y empezamos a conversar como si nos hubiéramos visto ayer. No es que seamos hermanas, que nos queremos, no; simplemente, hay canales de sentimientos, de comunicación. Como decimos siempre: estuvimos juntas.

Si no hubiera pasado por la experiencia que tuve, no estaría en lo que estoy. En el partido estábamos viendo otras realidades, qué estaba pasando con China, con Mao, qué pasaba con la revolución cubana, qué pasaba con el campesinado en Rusia, por qué hacían así, por qué hacían asá, por qué mayo del 68 con los estudiantes. Una dimensión internacional que hasta ahora me nutre. En el feminismo tenemos algunas redes y recibo eso, es lo que me moviliza: qué está pasando, por qué las mujeres en Polonia luchan porque no se elimina el aborto; inmediatamente me remite a lo que fue Polonia y al catolicismo. Tienes un mundo mucho más internacional, que si no hubiera estado en el partido... Con una mirada internacional tienes la posibilidad de ver en otras experiencias, Cuba, Estados Unidos... La cuestión racial en Estados Unidos me moviliza tremendamente y no necesariamente desde el feminismo.

«LA JUVENTUD TIENE UN
CÚMULO DE ELEMENTOS PARA HACER
DE LA VIDA ALGO DIFERENTE.
LO ESTÁN HACIENDO... AHÍ ES
DONDE TENGO MÁS ILUSIÓN».

La juventud tiene un cúmulo de elementos para hacer de la vida algo diferente. Lo están haciendo y lo veo en mis hijos, nietos, en las amigas. Ahí es donde tengo más ilusión. Tienen la comunicación que hoy día te posibilita información de todos lados; eso no teníamos nosotros, que leíamos enormes documentos, horribles, que no entendías nada. Ahora llegas a la televisión o a las redes sociales y puedes preguntar lo que quieras. Pero me parece que en algún caso los jóvenes también tienen, como nosotras, la impaciencia, que es un elemento a trabajar. No es que en dos años y medio se toma el poder. Con ellos hay que trabajar para aceptar que no todo se logra en dos días. Hay que tener paciencia para procesar, para hacer carne de esto. A veces les falta paciencia a los chicos. A veces los jóvenes también se sienten poderosos porque están logrando cosas lindas, y hay un cúmulo de soberbia que también hemos tenido nosotros cuando jóvenes. La juventud te trae a decir: «Sí, yo puedo». Pero tengo mucha confianza en ellos, sí creo que por ahí va el camino. Si estoy haciendo algo es mirar a toda esta gente joven.

Acabo de estar en Ayacucho en un trabajo de educación sexual integral con estudiantes. Hay unas chicas que, como tienen esta información, tienen carisma. No son dolientes, aunque en Ayacucho son hijas, nietas o familiares y han visto lo que es la violencia; sin embargo, han pasado el dolor y ahora tienen otro tipo de actitud frente a la vida. Ahora ellas y ellos se encuentran que hay gente —no digo de mi generación, porque ya es mucho decir, pero unos veinte años menor— que sí escucha, porque nosotros sentimos que seguimos siendo jóvenes y nos acollamos con ellos. Y creo que ellos también lo sienten así y entonces llegan, te preguntan, te tratan como igual. Nosotras no hacíamos eso. No íbamos a ir donde una persona treinta años mayor a tocarle la puerta y a decirle cosas.

Nuestra generación no siente que ya está vieja; no nos sentimos viejos. Eso lo perciben los jóvenes y hay confianza, te cuentan, te vas a la calle, conversas, te tomas un trago. No hay esta división generacional tan fuerte como había en mi época. Me escuchan, me preguntan y estamos en diálogo. Es difícil que me puedan encontrar con gente de mi generación; si no me comunico con la gente joven, ¿con quién? No me queda tampoco otro camino.